

LAURENCE THIEUX

Confrontaciones de culturas: buscando el paradigma de las relaciones internacionales

El fin de la Guerra Fría ha impulsado a buscar un paradigma que explique cómo se van a relacionar los estados en el futuro. El estallido de nuevos conflictos armados y el colapso de sociedades empobrecidas en el llamado Tercer Mundo, en parte de la antigua URSS y en otras regiones de conflicto muestra un mundo en el que "se avecina la anarquía". Frente a teorías como la de Samuel Huntington que plantea que parte de la periferia de los países industrializados puede ser una amenaza, este artículo defiende la pluralidad global y el multiculturalismo. La definición de una amenaza es un instrumento útil para orientar la política exterior de los estados a corto plazo. Sin embargo, esta estrategia es inadecuada para enfrentarse a los retos del futuro en los que se deberá combinar la democracia con las particularidades culturales, la defensa de valores globales como los derechos humanos y el medioambiente, y el respeto por las particularidades.

Una de las interpretaciones que ha tenido la desintegración de la URSS y la caída de los regímenes comunistas es que estos hechos son el símbolo del triunfo de la universalidad de los valores occidentales. La eliminación de la dialéctica entre el liberalismo y las ideologías totalizadoras como el fascismo y el comunismo ha conducido, según Francis Fukuyama, al "final de la historia".¹

¹ Francis Fukuyama, *El final de la historia y el último hombre*, Planeta, Barcelona, 1992.

Laurence Thieux es periodista especializada en cuestiones árabes y ha trabajado en el centro de documentación del CIP.

Para Fukuyama, la lógica económica de la ciencia moderna junto con la "lucha por el reconocimiento", (concepto introducido por Hegel como fundamento de una explicación no materialista de la historia) provocan a largo plazo el fracaso de los regímenes autoritarios tanto de derecha como de izquierda y consagran la democracia liberal como última forma de gobierno humano. Los cambios acaecidos en el progreso técnico y científico contribuyeron a descalificar las economías basadas en la planificación central. Sin embargo las interpretaciones económicas son, según él, insuficientes para comprender la evolución de las sociedades humanas hacia la democracia. Fukuyama subraya la importancia del concepto subjetivo de lucha por el reconocimiento como motor de la historia, identificado a "una pasión para la igualdad", fuente de las aspiraciones democráticas en las sociedades modernas.

El fin de la Guerra Fría ha impulsado a los teóricos de las relaciones internacionales a buscar un paradigma que explique cómo se van a relacionar los Estados en el futuro. Una línea de análisis indicó, a partir de fines de los años 80, que la confrontación económica y comercial entre los grandes bloques económicos constituidos alrededor de EE.UU., Japón y la Unión Europea sustituiría a la ideológica.² Pero el estallido de nuevos conflictos armados y el colapso de sociedades empobrecidas en el llamado Tercer Mundo, en parte de la antigua URSS y en otras regiones de conflicto ha mostrado un mundo en el que "se avecina la anarquía" y en el que las naciones-estado serán sustituidas por una especie de "cristal roto formado por ciudades-estado, estados-miserables, y nebulosos y arcaicos regionalismos", según Robert Kaplan.³

Este escenario del caos ha llevado a la elaboración de teorías menos optimistas. En un artículo publicado en 1993, Samuel Huntington, profesor de ciencia política y director del Instituto John Olin de Estudios Estratégicos a la Universidad de Harvard, planteó que los conflictos entre civilizaciones suplantarán a los conflictos ideológicos o de intereses entre los estados.⁴ Existe versión en castellano de este ensayo: "Choques de civilización", *ABC*, 12 de junio, 1993. También acerca del mismo debate se publicó un artículo: "El conflicto entre civilizaciones: próximo campo de batalla", *ABC*, 2 de julio, 1993. Ver también: Emilio Menéndez del Valle, "¿Choque de civilizaciones?", *El País*, 20 de julio, 1994. Jean Daniel, "Dans dix ans, quel siècle?", *Le Nouvel Observateur*, nº 1547, 6 de julio, 1994. En este número de *Papeles* ver el ensayo de Dan Smith.

La forma dominante de confrontación en el sistema internacional, afirmó Huntington, será entre visiones culturales del mundo. Si bien este autor reconoció que los estados seguirán siendo los principales actores de las relaciones internacionales, pasó a conceder a los factores culturales el poder de movilizar las políticas naciona-

² Lester Thurow, *Head to Head*, William Morrow and Co., Nueva York, 1992. (Hay edición en castellano en Plaza & Janes).

³ Robert D. Kaplan, "The Coming Anarchy", *The Atlantic Monthly*, febrero 1994, pp. 44-76. Este artículo es un recuento del colapso de los estados frágiles en el Tercer Mundo y sus consecuencias.

⁴ Samuel Huntington, "The Clash of Civilizations", *Foreign Affairs*, septiembre-octubre 1993, pp. 22-49. Todas las citas, salvo indicación contraria, provienen de esta fuente.

les y determinar su involucración en los procesos conflictivos. Dado que los análisis sobre relaciones internacionales se han basado en el Estado como núcleo central, la tesis de Huntington resulta inicialmente revulsiva.

El concepto de civilización

Según Huntington, las civilizaciones han suplantado al Estado-nación como "ente cultural más amplio con el que puede identificarse una persona".⁵ Cada civilización forma un conjunto relativamente homogéneo, una entidad cultural definida por elementos objetivos (lengua, historia, religión, costumbres, instituciones) y por un elemento subjetivo: la identificación de las personas.

La interacción entre "siete u ocho" civilizaciones diferentes: occidental, confuciana, islámica, hindú, japonesa, eslavo-ortodoxa, latinoamericana y africana configura la política mundial. El escenario conflictivo se desplegará a lo largo de la "imperfecta línea de demarcación" que les separa. La pertenencia a una civilización puede ser ambigua: Turquía, México y Rusia son para Huntington "países desgarrados" entre la voluntad de unirse a Occidente y la fuerte reminiscencia de su cultura, historia y tradición que obstaculiza su integración. Turquía, por ejemplo, Huntington afirma que "al haber rechazado la Meca, y haber sido rechazado por Bruselas, podría mirar hacia Tashkent". La desintegración de la URSS le permite consolidar sus relaciones con las repúblicas islámicas de Asia Central en vista a una futura integración.

Las razones presentadas por este autor para avalar la hipótesis de los choques entre civilizaciones como paradigma dominante de las relaciones internacionales son:

1. Existen diferencias irreductibles entre las civilizaciones configuradas a partir de una historia, lengua, cultura y religión. Esas diferencias se plasman en la definición de las políticas y son potencialmente generadoras de conflictos. A lo largo de la historia los choques culturales han resultado ser los más violentos.
2. El marco actual de las relaciones entre estados ha sufrido modificaciones radicales. La multiplicación de las interacciones entre las diferentes civilizaciones contribuye a fortalecer la conciencia de la diferencia. Los movimientos migratorios y los intercambios económicos son más conflictivos cuando proceden de otra cultura.
3. El proceso de modernización provocó la ruptura de las estructuras sociales tradicionales y debilitó el Estado-nación como fuente de identidad. El renacimiento religioso viene a colmar el vacío. Los fundamentalismos cristianos, judaicos, budistas, hinduistas o islámicos son fenómenos que trascienden los límites de las naciones y unifican las civilizaciones.
4. Al desempeñar en el campo militar, económico y político un papel dominante, Occidente se enfrenta a las otras civilizaciones que tienen la voluntad y los recursos para marcar la política internacional en términos "no occidentales". Huntington constata una tendencia a la "desoccidentalización" e "indigeniza-

Según Huntington, las civilizaciones han suplantado al Estado-nación como "ente cultural más amplio con el que puede identificarse una persona".

⁵ Entrevista con Samuel Huntington, *El País*, 17 de diciembre, 1993.

ción" de las sociedades de las civilizaciones no occidentales. Tras el proceso de descolonización y la creación de estados-naciones, las clases altas y dirigentes de los nuevos países que en un principio habían asimilado y promovido el modelo occidental intentan hallar ahora en su herencia cultural una vía alternativa de desarrollo. El proceso de reafirmación de la identidad cultural por parte de los intelectuales se conjuga y refuerza con los anhelos de las clases populares desconcertadas por el cambio cultural provocado por la modernización de esas mismas sociedades.

5. La existencia de lazos culturales comunes facilita una rápida expansión económica. La cultura y la religión vienen a ser las bases de una sólida cooperación económica que refuerza a la vez la identificación a la civilización de pertenencia. De acuerdo con esta premisa, la base cultural confuciana de China podría permitirle imponerse sobre Japón como líder de la economía de Asia del Sur.

Según Huntington, además, la pertenencia a una civilización tendrá cada vez más peso sobre la definición de estrategias de cooperación y alianza entre Estados. El conflicto del golfo Pérsico, los enfrentamientos en el Cáucaso, la guerra entre serbios, croatas y bosnios, por ejemplo, han generado nuevos tipos de alianza y apoyo sobre la base de identidades culturales.

"El apoyo de fracciones sustanciales de los pueblos y élites árabes a Sadam Husein –afirma el autor– obligó los gobiernos árabes de la coalición anti-iraquí a moderar sus actividades y templar sus declaraciones públicas. Los gobiernos árabes se opusieron o se distanciaron del esfuerzo occidental para aplicar medidas de presión sobre Irak". En el Cáucaso, los éxitos militares de Armenia en 1992 y en 1993 han empujado a Turquía a apoyar a "sus hermanos religiosos, étnicos y lingüísticos de Azerbaiyán". Huntington percibe el mismo fenómeno en la antigua Yugoslavia, en las manifestaciones de apoyo de Rusia a los serbios ortodoxos frente al apoyo que dan los países musulmanes a los bosnios y al soporte militar recibido por Croacia de los países de Europa Central y Occidentales: "El conflicto yugoslavo está provocando la intervención de países que son musulmanes, ortodoxos o cristianos". Huntington reconoce que los conflictos pueden desencadenarse entre grupos y estados dentro de cada civilización, sin embargo, serán menos intensos y menos susceptibles de extenderse.

El autor considera dos niveles de conflictos:

- Un micronivel protagonizado por pueblos de diferentes identidades culturales que luchan por el control de territorios situados en la "imperfecta línea de demarcación entre dos civilizaciones antagonistas", a la que denomina "la cortina de terciopelo".
- Un macro nivel de conflictos articulados entre las diferentes civilizaciones para el control de las instituciones internacionales, la imposición de su hegemonía militar y económica, y la promoción de sus propios valores culturales.

Huntington considera que la civilización islámica es la más conflictiva: "El islam tiene fronteras sangrientas" dice, y recuerda que, desde el siglo XIII, los

enfrentamientos contra Occidente han sido numerosos. En el siglo XX, la dependencia energética occidental de los países del Golfo, el proceso de descolonización, el terrorismo, y las guerras israelo-árabes han desencadenado numerosas confrontaciones. La creciente influencia de los movimientos islámicos, principales beneficiarios de la apertura política en algunos Estados, obstaculiza las relaciones con Occidente. El peso demográfico de los países árabes y el aumento de los movimientos migratorios hacia Europa constituye otra fuente de conflictos. El islam no sólo se enfrenta a Occidente: "la violencia se ha manifestado también entre musulmanes por un lado y serbios ortodoxos en los Balcanes, judíos en Israel, hindúes en India, Budistas en Birmania y católicos en Filipinas".

Occidente frente al resto del mundo

Según Huntington, "Occidente está ahora en el punto culminante de su poder respecto a las otras civilizaciones. Su principal competidor ha desaparecido del mapa. Los conflictos militares entre estados occidentales son poco probables...Occidente domina la política internacional y las instituciones de seguridad y, con Japón, las instituciones económicas". Para las otras civilizaciones, Occidente utiliza las instituciones internacionales, el poder militar y los recursos económicos para dirigir el mundo, mantener su preeminencia, proteger sus intereses y promover sus valores económicos y políticos. "Los esfuerzos realizados por Occidente para promover sus ideas democráticas liberales provocan una reacción contra 'el imperialismo de los derechos humanos' y la reafirmación de los valores autóctonos como se ha podido percibir en el apoyo de las jóvenes generaciones al fundamentalismo religioso", dice.

La voluntad de otros países o culturas de contestar esta hegemonía constituye una primera línea de conflictos. Las divergencias existentes entre los valores y creencias básicas constituirían una segunda fuente de confrontaciones. Frente a la supremacía occidental las naciones tienen tres alternativas:

1. El aislamiento con el fin de seguir su propia vía: Corea del Norte y Birmania intentan prevenir que sus sociedades se vean penetradas por la cultura occidental y renuncian a participar en una comunidad global dirigida por Occidente.
2. El *band wagoning* (o formar parte de la caravana): la voluntad de unirse a Occidente y aceptar sus valores e instituciones.
3. La búsqueda de una vía original de desarrollo para "modernizarse sin occidentalizarse".

Según Huntington, el eje principal de la política mundial gira en torno a Occidente en su resistencia a la oposición del resto del mundo y, particularmente, al antagonismo de los estados islámicos y confucianos. La existencia de un comercio de armamento entre Asia del Sur y Oriente Medio es el signo de una "conexión confuciano-islamista" cuyo objetivo fundamental es competir con los intereses, valores y poder occidentales. De allí la necesidad de prevenir el desarrollo de su capacidad militar, frenar paralelamente la reducción de armamentos en Occidente, y explotar las diferencias entre estados confucianos e islámicos.

Según Huntington, el eje principal de la política mundial gira en torno a Occidente en su resistencia a la oposición del resto del mundo y, particularmente, al antagonismo de los estados islámicos y confucianos.

Frente al desafío de modelos culturales emergentes y ofensivos, Occidente debe consolidar su "bloque cultural" y promocionar la cooperación con Rusia, Japón y con los estados o grupos afines a sus valores.

Modernidad y tradición: las respuestas

Varios autores han replicado la teoría de Huntington.⁶ Los primeros lo hicieron en *Foreign Affairs*. Fouad Ajami, Liu Binyan, Kishore Mahbubani, Jeane Kirkpatrick, Robert L. Bartley, Gérard Piel y Albert L. Weeks reconocen que las diferencias culturales pueden originar situaciones conflictivas, sin embargo niegan que esas contiendas puedan desencadenarse entre estados en función de fidelidades culturales.⁷

Todos ellos, de una forma o de otra, se oponen a una visión esencialista de las civilizaciones, basada en la premisa de las diferencias irreductibles entre sistemas culturales. Las culturas no forman conjuntos herméticos y homogéneos, son entidades dinámicas, sometidas a cambios bajo la influencia y la penetración de otros sistemas dominantes de valores y de conocimientos.

Si para Huntington la multiplicación de las interacciones entre las diferentes civilizaciones contribuye a fortalecer la conciencia de la diferencia, sus críticos consideran que, al contrario, la mundialización de los intercambios –tanto comerciales como informativos– refuerza la tendencia a la integración y la homogeneización de las sociedades.⁸

La asunción de la modernidad en todas las sociedades ha transformado profundamente las estructuras sociales y ha debilitado las identidades culturales, provocando rupturas, choques culturales, marginalizaciones y frustraciones capitalizados por los fundamentalismos. Estos representarían, por lo tanto, una reacción defensiva de la debilidad de la tradición más que una fuerza renovadora y ofensiva.

Para Ajami, Huntington subestima en su análisis la fuerza de la modernidad. El proceso de modernización ha dado nacimiento a una clase social aferrada a los valores de la modernidad y resistente a todo retroceso: sin su apoyo, la interrupción del proceso democrático en Argelia por el ejército no hubiera sido posible. La mayoría de las sociedades han internalizado las ideas seculares y las leyes del mercado. Ajami duda también de la existencia de una civilización confuciana y cree que el desarrollo y la competitividad económica siguen siendo los motores dominantes de las sociedades de Asia del Sur.

Robert Bartley es particularmente optimista en cuanto a la fuerza de la combinación de la información instantánea, la interdependencia económica y la llamada a la libertad individual para desarrollar en todas las sociedades en vía de desarrollo una aspiración general a la democracia.

⁶ Se recogen especialmente en este artículo las primeras respuestas más significativas que aparecieron en *Foreign Affairs* y en otros medios. En este número de *Papeles* hay una respuesta a Huntington de Dan Smith.

⁷ *Foreign Affairs*, septiembre-octubre, 1993. pp. 2-26.

⁸ La obra de reciente aparición de John Cavanagh y Richard Barnett *Global Dreams. Imperial Corporations and The New World Order*, Simon & Schuster, Nueva York, 1994, confirma esta transmisión masiva de pautas culturales occidentales más allá de fronteras e ideologías.

Según Liu Binyan, los conflictos culturales serán más propensos a desarrollarse dentro de cada sociedad confrontada al problema de conjugar y realizar la integración de la disparidad de elementos culturales, económicos que las componen. Las luchas fratricidas (como en Yemen) y las rivalidades étnicas dominan el conflictivo panorama del mundo actual.

Todos los participantes de la polémica coinciden en que la manipulación de los anhelos culturales y religiosos se ha convertido en un medio poderoso de movilización de la sociedad. Frente a una crisis generalizada de identidad, las exaltaciones nacionalistas y los fundamentalismos sirven a finalidades políticas y económicas. Ajami indica que el conflicto yugoslavo, lejos de ser un ejemplo de choque entre civilizaciones, es una muestra de la manipulación política de los elementos emocionales de las culturas. Ajami realiza el mismo análisis a propósito de la guerra del golfo Pérsico: la llamada a la guerra santa de Sadam Husein no tenía otra finalidad que obtener el apoyo de la opinión pública musulmana para llevar a cabo una estrategia bélica de acuerdo con finalidades económicas y políticas concretas. Liu Binyan también pone de manifiesto la utilización política del substrato cultural de cada nación. Así, la política de Deng Xiaoping supo explotar los conceptos confucianos de obediencia a los superiores con el fin de estabilizar el poder político.

La refutación del síndrome de parentesco

Tampoco está claro para estos críticos de Huntington que las variables culturales puedan efectivamente influir de forma definitiva en la política exterior de los estados. La constitución de alianzas, la transferencia de armas entre naciones reflejan más el juego ambiguo de complicidades e intereses pragmáticos que la consolidación de ambiciosas unidades culturales. Al respecto, Ajami pone en duda las supuestas pretensiones imperialistas turcas de liderar los países de Asia Central. Turquía ha aceptado la civilización occidental y se orienta más hacia Frankfurt, Bonn o Washington que hacia Tashkent.⁹

⁹ En una entrevista realizada por la revista *Arabies*, (Mensuel du Monde Arabe et de la Francophonie, París, n° 89, mayo 1994), Eric Rouleau, ex-embajador en Turquía afirma: " Si bien Turquía confió en un primer momento en la influencia de la turcofonía como base cultural propicia a la creación de fructíferas conexiones económicas, sus esperanzas no se vieron confirmadas en la medida en que Rusia siguió siendo el intermediario de las relaciones económicas de las repúblicas de Asia Central. Rouleau reconoce que Turquía puede convertirse en una potencia económica regional pero niega que sea un país expansionista.

Por otra parte, *Le rapport Ramses 1993* (DUNOD; París) consagra un capítulo a la emergencia de dos potencias regionales: Turquía e Irán. Respecto de la primera concluye que "Occidente y, en particular la Comunidad Europea, siguen siendo el eje prioritario de la diplomacia turca. A pesar de los cambios profundos que afectan la configuración de la región y del reencuentro de Turquía con sus hermanos del Cáucaso y de Asia Central, es prematuro hablar de una redefinición de la política exterior turca. Sin embargo, es probable que el desarrollo y los conflictos en esta zona, como en los Balcanes, pesen cada vez más hacia la reubicación de Turquía en el escenario internacional y den lugar a nuevas identificaciones en la sociedad. Uno de los puntos claves para el futuro será sin duda la actitud de Europa Occidental, no exenta hasta ahora de cierta crispación, frente a este país bisagra".

Frente a una crisis generalizada de identidad, las exaltaciones nacionalistas y los fundamentalismos sirven a finalidades políticas y económicas.

Los conflictos que han marcado la post-Guerra Fría han puesto de manifiesto que las posiciones de los gobiernos y los movimientos políticos seguían determinadas por intereses nacionales o pragmáticos. Si bien la llamada a la guerra santa por Sadam Husein despertó una retórica cultural y religiosa, los gobiernos árabes y los sectores doctrinales religiosos moderaron su implicación en el conflicto en función de intereses pragmáticos. Tanto la *fatwa* del alto Consejo de los Ulemas de Arabia Saudí, como las declaraciones de el Shaykh Jaddal Haqq, máximo líder religioso en Egipto, denunciaron la agresión iraquí. No todos los movimientos islámicos sostuvieron claramente la iniciativa bélica de Sadam, siendo Arabia Saudí un apoyo financiero no despreciable para algunos de ellos (Hamás). Tampoco se puede sostener que la persecución de los bosnios haya generado la implicación activa de los países musulmanes en una confrontación contra serbios y croatas.

Para Ajami, la existencia de transferencia de armamentos entre los países asiáticos y Oriente Medio, lejos de advertir la existencia de una conexión confuciana-islamista, demuestra al contrario la preeminencia de los intereses económicos y políticos por encima de toda consideración cultural.

Crisis de valores

La mayoría de los autores diagnostican una crisis general de valores, común a todas las sociedades que, según Liu Binyan, se enfrentan al problema del enriquecimiento espiritual del hombre en las sociedades materialistas. Kishore Mahbubani subraya la debilidad estructural del sistema de valor occidental (crisis económica, desintegración social, crisis de la democracia).

La aparición de nuevos actores en el escenario internacional como elementos activos de la historia plantea también nuevos retos a Occidente. Las deficiencias de su política exterior al aplicar un doble criterio moral (China, Argelia, bosnios) contribuyen a desacreditar y debilitar la fuerza de su ascendente en la política internacional. Algunos teóricos de las relaciones internacionales insistieron en la necesidad de aliar realismo político y moral en la formulación de las políticas exteriores. Para Henry Kissinger, el idealismo es un elemento decisivo en la política exterior americana que se enfrenta al dilema entre dos posiciones para defender este principio: "El primero es que Estados Unidos sirve mejor sus valores perfeccionando su propia democracia, actuando como un faro para el resto de la humanidad; el segundo es que los valores norteamericanos imponen la obligación de hacer cruzada por ellos en todo el mundo".¹⁰

Respecto del papel del Estado, Weeks considera que la resurrección del debate sobre él mismo es significativa del fracaso del globalismo y de la idea del establecimiento de un nuevo orden mundial. La polémica surgió hace 40 años. Frente a los teóricos que sostenían que la política de los estados estaba determinada por su integración o pertenencia a unidades culturales mayores, las civilizaciones, se opusieron las teorías estado-céntricas que consideran que el estado-nación es la unidad básica de la política mundial. La influencia creciente de factores globales sobre

¹⁰ Citado por Antonio Caño, "EE.UU. busca su papel en el mundo", *EL País*, 8 de abril, 1994.

la política mundial –como la integración económica, la tecnología o los efectos de la degradación medio ambiental– ha suscitado una revisión teórica que matiza la preponderancia del Estado-nación como paradigma de las relaciones internacionales. La corriente realista que basa su reflexión sobre una perspectiva estado-céntrica, ha sido fuertemente controvertida por la teoría de la interdependencia.¹¹

Garnett considera las dos perspectivas como necesarias para el análisis de la política internacional en fase de cambio profundo. La teoría de la interdependencia ha puesto de manifiesto la trascendencia de nuevos fenómenos sobre las relaciones internacionales, fenómenos que han presentado nuevas alternativas y han corregido las perspectivas estado-céntricas. Sin embargo, el paradigma de Estado sigue siendo vigente para el análisis de numerosas situaciones internacionales: "El Estado es socialmente una idea prevalente que ha movilizad o la imaginación de miles de personas y provee el contexto en el cual los comportamientos adquieren su sentido".¹²

Al analizar el futuro del Estado-nación frente a la emergencia de retos globales como la explosión demográfica, la contaminación atmosférica y el cambio provocado por la tecnología, Paul Kennedy concluye en su última y ambiciosa obra sobre el panorama global para principios del siglo XXI que "aun cuando la categoría y las funciones del Estado hayan resultado erosionadas por las tendencias transnacionales, no ha surgido ningún sustituto adecuado para reemplazarlo como unidad clave a la hora de responder al cambio global".¹³

Al plantear los choques entre civilizaciones como paradigma de las relaciones internacionales, Huntington define, en realidad, una nueva política de bloques basada en el enfrentamiento entre estados integrados en unidades culturales superiores. En otras palabras, este autor parece abandonar el paradigma del Estado-nación secular para de alguna forma recuperarlo por el camino cultural y religioso. William Pfaff hace hincapié en la peligrosidad de convertir las inevitables diferencias y rivalidades morales entre civilizaciones en una estrategia política, al dar a estas contiendas un carácter irreversible e irreductible.¹⁴

La conexión confuciano-islamista

Para Kishore Mahbubani la tendencia dominante a la fragmentación cultural y el vacío dejado por el final de la Guerra Fría han creado el contexto favorable a la

*William Pfaff
hace hincapié en
la peligrosidad
de convertir las
inevitables
diferencias y
rivalidades
morales entre
civilizaciones en
una estrategia
política.*

¹¹ John C. Garnett, "States, state-centric perspectives, and Interdependence Theory", *Dilemmas and World Politics*, John Baylis, N.J. Rengger (eds.), Clarendon Press, Oxford, 1992, capítulo 2, pp. 61-81. Garnett explica que las transformaciones políticas que han seguido a la Guerra Fría y la reconfiguración de las relaciones internacionales hacia la integración y globalismo cuestionaron la vigencia del paradigma estado-céntrico. El ascenso de poderosos actores internacionales como las multinacionales, la evolución de la tecnología armamentística y la preponderancia de los imperativos económicos tienden a reducir el papel del Estado y reforzar las teorías globalistas.

¹² John C. Garnett, "States, State-Centric Perspectives...", p. 63.

¹³ Paul Kennedy, *Hacia el siglo XXI*, Plaza & Janes, Barcelona, 1993, p. 172.

¹⁴ William Pfaff, "The Nuts to a war of Civilizations", *International Herald Tribune*, 4 de noviembre de 1993.

identificación de nuevas amenazas. Por ello considera que determinar la existencia de una conexión confuciano-islamista contribuye a crear una confusión y encubrir los retos diferenciados que plantean esas dos civilizaciones para Occidente. Esta incompreensión contribuye a potenciar las situaciones conflictivas.

Gregory Foster considera que la estructura lógica de la política internacional durante la Guerra Fría, asentada sobre la percepción de una amenaza y la adopción consecuente de una estrategia global de defensa, sigue imperando en el análisis de las relaciones internacionales. La identificación de amenazas imaginarias permite realzar la posición estratégica del amenazado, dando a sus eventuales acciones ofensivas un cariz de legítima defensa y desprestigiando al mismo tiempo al supuesto amenazador en situaciones de negociaciones. Esta distorsión inicial de la percepción de la realidad contribuye a generar reales procesos conflictivos.¹⁵

En su respuesta recogida en este número de *Papeles*, Dan Smith plantea, en la misma línea, que la teoría del choque de civilizaciones presenta la profecía de un mundo de enemigos potenciales de una forma que ayuda a que se cumpla.

Los retos de Asia

La amenaza confuciana es esencialmente de naturaleza económica. Frente a la transformación económica de China y la competencia de Japón y de los "tigres asiáticos", Occidente teme perder su posición de liderazgo económico, consagrado como confirmación y finalidad del modelo cultural de la democracia liberal.

Como subraya Powell, el éxito económico de los países asiáticos plantea retos culturales a Occidente ya que al asentar su desarrollo económico sobre un sistema de valor diferente, desafían la universalidad de los valores occidentales como principios de la modernidad y como única base cultural del desarrollo económico. Fukuyama sostiene que "no parece que haya una conexión necesaria entre la democracia liberal y la madurez industrial".¹⁶

Para algunos intelectuales y diplomáticos asiáticos los valores del individualismo y de la democracia están en el origen de los problemas económicos y sociales de Occidente: el creciente peso de los intereses particulares y la multiplicación de las presiones sobre el sistema político imposibilitan la adopción de soluciones eficaces a los problemas existentes. Yahia Sadowski recoge la argumentación de Ernest Gellner (también citado por Dan Smith) según la cual las sociedades pasivas con regímenes políticos fuertes favorecen el desarrollo económico.

Las crecientes presiones de los intereses corporativos sobre el Estado serían el origen de una crisis política que paraliza también el crecimiento económico:

"La inquietud por la parálisis económica y política ha provocado una nueva valoración de las virtudes democráticas. Algunos teóricos afirmaron que era precisamente por haber suprimido la autonomía de los grupos sociales que

¹⁵ Gregory Foster, "Interrogating the future: the question of long-term threats", *Alternatives*, pp. 53-97.

¹⁶ Francis Fukuyama, *El final de la historia y el último hombre*, Planeta, 1992, p. 184.

los regímenes autoritarios parecían propensos a gozar de un importante crecimiento económico. Mientras que pocos argumentan que Occidente debería abandonar el sistema democrático, muchos al contrario pretenden desalentar las demandas democráticas y ayudar a los Estados a resistir a tales presiones... Los neo-orientalistas han sido receptivos a esta tendencia intelectual y sostienen que la proliferación de los movimientos sociales desalentará la tendencia hacia el reparto de poder y mayor tolerancia en la región, si no conduce a una guerra civil o a la anarquía".¹⁷

La negación de la existencia de valores políticos universales, asumida por los teóricos del relativismo cultural, conduce a una legitimación de la política occidental en su reciente inhibición para apoyar la democratización de sociedades como China o Argelia.¹⁸ En este último caso, se plantea la paradoja de que es el sistema democrático el que sirve de acceso al poder de los islamistas, considerados como agentes desestabilizadores y amenazadores de los intereses occidentales.

La amenaza islamista

La conflictividad de Oriente Medio, la inestabilidad política que afecta numerosos estados árabes, el renacimiento religioso y sus manifestaciones más radicales han generado numerosas reticencias e interpretaciones alarmistas acerca del Islam. Desde el Departamento de Policía de Nueva York, después del atentado de 1993 a las Torres Gemelas de Manhattan, hasta la OTAN hay un preocupación sobre el islam y se ha generado una fuerte polémica teórica que si no es nueva en sus orígenes, ha adquirido nuevas formas. Huntington afirma:

"Es improbable que decline la interacción militar, existente desde hace siglos entre Occidente y el islam... Muchos países árabes, junto con los países exportadores de petróleo, han alcanzado un nivel de desarrollo económico y social que inhabilita las formas de gobierno autocrático y fortalece los esfuerzos realizados para introducir la democracia. Se han producido algunas aperturas en los sistemas políticos árabes. Los principales beneficiarios de esas aperturas han sido los movimientos islamistas. En el mundo árabe, en breve, la democracia occidental fortalecerá a las fuerzas políticas anti-occidentales. Puede ser un fenómeno transitorio, pero seguramente complicará las relaciones entre los países islámicos y Occidente".

¹⁷ Yahya Sadowski: "The New Orientalism and the Democracy Debate", *Middle East Report*, julio-agosto 1993, p.14.

¹⁸ Thierry de Montbrial, director de L'Institut français des relations internationales, mencionó en la introducción del *Rapport Annuel Mondial sur le Système Economique et les stratégies* de 1994 que: "Tras haber pregonado con firmeza sus convicciones acerca de los derechos humanos y de la democracia, Bill Clinton ha renovado la cláusula de la nación más favorecida en beneficio de China, casi sin condiciones, y parece haber optado una vez más por la *realpolitik*. Los intereses comerciales americanos, la necesidad de no aislar China, la influencia de Pequín sobre Corea explican esta elección".

Para Huntington la desestabilización política de muchos países árabes junto con el protagonismo de los movimientos islámicos podrían fomentar interacciones conflictivas con Occidente.

Su interpretación coincide en parte con las que asocian el resurgimiento religioso islámico al militantismo y al fanatismo, y consideran que es un factor esencial en la configuración de la política de los estados, reanimando, como lo subraya James Piscatori, la mitología de una confrontación natural entre civilizaciones.¹⁹

Otros autores difieren radicalmente al analizar este fenómeno como una reacción a un contexto determinado, abocado al cambio por la dinámica de la interacción de las fuerzas políticas sociales y culturales presentes en cada sociedad.

De acuerdo con la primera interpretación, el islam es una amenaza para Occidente porque se trata de una manifestación irracional, una fuerza fanática e incontrolable, dirigida contra un mundo occidental satanizado. Esta visión reduccionista ampliamente mediatizada del islam difunde la idea de la imposibilidad de un análisis racional de un fenómeno enraizado en una realidad social.

Al analizar las nacionalidades, las religiones como fuerzas objetivas en los procesos de identificación que generan, Huntington descarta toda posibilidad de cambio y compatibilidades o diálogo entre ellas. "En los conflictos entre civilizaciones la cuestión es ¿qué eres? Es un hecho que no se puede cambiar... Todavía más que la pertenencia a una etnia, la religión discrimina de forma tajante y exclusiva a las personas", dice.

Diversos autores coinciden en considerar que el renacimiento islámico es incompatible con la democratización de las sociedades árabes. Se subrayan tanto la incompatibilidad inherente entre los principios religiosos del islam de soberanía divina como la importancia de la *Umma* y los valores occidentales de democracia y libertad individual. John Esposito considera que la fe en la democracia como garantía de seguridad y paz entre los estados tiene ciertos límites. Las llamadas a la democratización suscitan el temor de los gobiernos autoritarios, pero también de numerosos gobiernos occidentales:

"Para los líderes occidentales, la democracia en Oriente Medio aumenta la posibilidad de que unos viejos amigos de fiar o estados clientes se transformen en naciones más independientes y menos predecibles, lo que genera inquietudes acerca de la seguridad del acceso de Occidente al petróleo. Por tanto, la estabilidad en Oriente Medio se ha definido amenudo en términos de mantener el status quo. La falta de entusiasmo por la liberalización política en la región se ha racionalizado con la afirmación de que la cultura árabe y el Islam son antidemocráticos."

De este modo, el islam se percibe como una amenaza por desestabilizar los regímenes con los cuales Occidente mantiene buenas relaciones.²⁰

¹⁹ James Piscatori, "Islam and World politics", *Dilemmas of World Politics*, capítulo 12, p. 311.

²⁰ John Esposito, *The Islamic Threat. Myth or Reality*, Oxford University Press, Oxford, 1992. Ver del mismo autor un resumen de sus tesis en "El islam político: más allá de la amenaza verde", en Mariano Aguirre (ed.), *Conflictos y dilemas de la sociedad internacional. Anuario del CIP 1993-1994*, Icaria/CIP, Barcelona, 1994, p. 226.

Para los autores que asumen una visión esencialista, el islam sería también conflictivo por su vocación universalista en un orden internacional basado en el pluralismo de los estados. James Piscatori afirma, en cambio, que existe en el islam "un reconocimiento de implícitas y explícitas divisiones, ideológicas, políticas y territoriales". Los movimientos islámicos tendrían como principal objetivo la creación de estados islámicos y no la suplantación del Estado-nación.²¹

El segundo análisis se aleja de una visión esencialista del renacimiento islámico, resaltando su carácter coyuntural y considerando que no existe una amenaza a largo plazo. En primer lugar, el islam tiene múltiples manifestaciones políticas, sociales y culturales que impiden analizarlo como un fenómeno único. Como subraya Esposito:

*"El uso indiscriminado del término fundamentalismo islámico y su identificación con gobiernos y movimientos ha contribuido a crear la sensación de una amenaza monolítica cuando en la actualidad el islam político es mucho más diverso. Arabia Saudí, Libia, Paquistán e Irán han sido calificados como estados fundamentalistas, pero esto no nos dice nada sobre su naturaleza: Arabia Saudí es una monarquía conservadora; Libia, un Estado socialista populista dirigido por un dictador militar".*²²

Las vivencias religiosas están inmersas en un proceso dinámico e integrador de los cambios políticos y socio-económicos sufridos en cada sociedad. Más que una creencia, el islam suministraría un substrato ideológico para el Estado y la sociedad, una fuente de identidad. La reacción contra las injerencias e influencias de Occidente se articulan en torno a una reinterpretación del islam como medio para encauzar nuevas energías creativas y desarrollar un modelo original. Frente a la *taqlid*, la imitación, se trata de incorporar los conocimientos modernos pero sometiéndolos a la tradición islámica. Juergensmeyer mantiene la tesis de que en el nacionalismo hay un fuerte componente religioso y que el gran desafío de la época actual es como conciliar, por un lado, los valores comunales y la visión moral del nacionalismo religioso, con el individualismo y las reglas racionales de la justicia, por el otro, del nacionalismo secular.²³

Modelos de convivencia

El análisis de Huntington asume las premisas del relativismo cultural, al considerar que el pluralismo cultural conlleva la falta de acuerdo en cuanto al asentamiento de un sistema de valor que rige la sociedad internacional y cuestiona la vigencia y validez de los valores occidentales. Fukuyama, al igual que Gellner, asocia el naci-

²¹ James Piscatori: "Islam and World Politics" en *Dilemmas of World Politics*, capítulo 12, 1992

²² John Esposito, "El islam político: más allá de la amenaza verde", *Anuario CIP 1993-1994*, Icaria/CIP, Barcelona, 1994, p. 218.

²³ Mark Juergensmeyer, *The New Cold War? Religious Nationalism Confronts the Secular State*, University of California Press, Berkeley, 1993, p. 201.

Las vivencias religiosas están inmersas en un proceso dinámico e integrador de los cambios políticos y socio-económicos sufridos en cada sociedad.

miento del relativismo cultural al declive de la confianza de la civilización europea frente a la emergencia del Tercer Mundo. De ser así, Huntington habría creado una tesis de la resistencia ante una realidad que se percibe (desde EE.UU.) como incontrolable.

La relevancia de nuevos actores, los retos planteados por la afirmación de la diversidad de los sistemas culturales frente a las pretensiones universales del modelo occidental, la fragmentación y la soledad de los Estados parecen socavar la idea misma de orden internacional liderado por Occidente. Ante los supuestos relativistas, otras corrientes sostienen que el proceso de modernización ha concluido en la emergencia de una cultura global, reforzada por los apremiantes problemas que afectan la sociedad mundial y cuya resolución requiere una coordinación política y económica, un orden internacional. Rengger adopta una posición intermedia: por un lado reconoce que las normas generales de la cultura occidental han sido globalmente asimiladas pero forman una subcultura que solo atañe una parte limitada de la población. Los valores occidentales transmitidos se reducen a la divulgación de un modelo económico tecnológico insuficiente para la identificación de grupos y no conduce a la adopción de normas de comportamiento que aseguren la implementación de los objetivos sociales.²⁴

Frente a la necesidad de una coherencia internacional para enfrentarse al apremio de problemas globales (demografía, medioambiente), Huntington no favorece el diálogo entre estados pertenecientes a diferentes culturas al asentar su teoría sobre la irreductibilidad de las diferencias culturales y al preconizar la adopción de políticas defensivas (limitar el proceso de desarme iniciado con posterioridad al fin de la Guerra Fría, consolidación de bloques culturales, repliegue y proteccionismo).

La definición de una amenaza puede ser un instrumento útil para orientar la política exterior de los estados a corto plazo. Sin embargo, a largo plazo esta estrategia parece poco adecuada para enfrentarse a los retos del futuro en los que se deberá combinar la democracia con las particularidades culturales, la defensa de valores globales como los derechos humanos y el medioambiente con el respeto por las particularidades. Es un hecho que hay civilizaciones, conjuntos y subgrupos culturales con visiones del mundo diferentes, como demuestra Galtung en su ensayo incluido en este *Papeles*, pero es necesario buscar las fórmulas de convivencia y cooperación antes que asegurar que los otros son una amenaza. Se deben buscar las formas para que los sentimientos y percepciones del nacionalismo y la religión convivan con la justicia y la democracia.

²⁴ Nicholas J. Rengger, "Culture, society, and order in world politics", en *Dilemmas of world politics*, 1992. pp. 85-99.